Mi viaje fué horrible. A pesar de que mi señora me llevaba en su camarote, cómodo y alegre como un gabinete de su casa, y apenas me soltaba de los brazos, yo iba muy asustado; los ruidos del barco me aterrorizaban; los del mar me pegaban la cola al cuerpo; no comía; caí muy enfermo; mi señora lloraba de veras; entonces comprendí la sinceridad de su afecto.

Los artistas que la acompañaban se divirtieron mucho en cambio. Parecían chiquillos, admirándose de todo, siempre de juegos y de bromas. Por las noches, sobre cubierta, bailaban, cantaban y recitaban monólogos y escenas. El resto del pasaje estaba encantado de que le divirtieran tanto. Los oficiales del barco se desvivían con las actrices. No se podía dar un paso sin tropezar con un idilio marino. Las puestas de sol, los efectos de luna sobre el mar, la fosforescencia de las aguas, el paso de un barco en la noche, con sus luces, todo era pretexto para admiraciones a dúo.

Llegamos a una gran ciudad, que era Buenos Aires. Allí me sentí renacer. Mi señora y yo éramos muy obsequiados. Yo me sentía más insolente que en París. Siempre estába-

mos rodeados de admiradores; mi señora no descansaba, firmando postales y retratos y álbumes de autógrafos.

Por las noches volvía del teatro con un gran bolso lleno de billetes de Banco. El rumano estaba radiante. Cada día aparecía con una nueva sortija o un gran alfiler de corbata. Se permitía tratar con despego a mi señora; tuvieron algunas escenas en el hotel y hasta en el teatro. Yo me alegraba, porque el rumano me era muy antipático. Además, deseaba volver a verme en París. En Buenos Aires apenas había perros; no tenía con quien tratarme.

De Buenos Aires fuimos a otras ciudades; Montevideo, Rosario; después a Río Janeiro, que te deja en los ojos para toda la vida la luz de su sol y el azul de su cielo, y en los oidos la dulzura del habla portuguesa, en que hasta los enfados parecen mimosos cariños.

El viaje de regreso no fué tan desagradable. Mis compañeros, en cambio, no volvían tan alegres como fueron; traían cara de no haberles salido las cuentas. Se comunicaban sus impresiones de desencanto: «¡No valía la pena de ir a América para esto!» Las mujeres eran las más desilusionadas. No sabían que los verdaderos americanos para ellas eran los de París; los hombres que ganan dinero no tienen tiempo ni humor de gastarlo.

Mi señora también volvía preocupada. El rumano era el único satisfecho. Se jugaba el dinero muy bonitamente, en partida con unos brasileños, medio mulatos, muy cargados de brillantes, con grandes cadenas de oro y enormes dijes de piedras multicolores, que se colgaban hasta en los pijamas.

El capitán del barco, un inglés muy simpático, que se reía siempre y cantaba siempre, le advirtió que tuviera cuidado, porque muchas veces hay jugadores de ventaja que hacen largas travesías en los barcos sin otro objeto que desplumar a los que traen dinero. No hizo ningún caso del aviso, y no le fué mal, porque a los pocos días eran los brasileños los que se quejaban al capitán de la gente que se encontraba en los barcos. Desbaratada la partida, nuestro hombre se dió a beber whisky. Con mi señora apenas hablaba.

Antes de volver a París, pasamos unos días en el campo. Allí fué donde se rompieron las hostilidades. Pero esta vez no fué mi señora la que se olvidó de la corrección; fué él quien se desató en improperios, y hasta creo que hubo algún golpe. Mi señora se sostuvo con gran dignidad durante toda la escena; pero aquel mismo día volvimos a París, y a las dos horas se entraba por nuestra casa el marido con dos o tres manuscritos de comedias debajo del brazo, y poco después, con aquella ecuanimidad envidiable, la decía:

- Creo que te habrá servido de lección. Si así fuera, lo daría todo por bien empleado. Los negocios no pueden depender de un capricho; un negocio es algo más serio, y en que todos debemos sacrificarnos... Sí, querida mía; con estas obras y contigo, la temporada próxima puede ser magnifica. ¡Ya verás qué papeles te han escrito! Sobre todo en esta obra - y señalaba uno de los manuscritos -, para que muestres un nuevo aspecto de tu talento. Es una mujer que, adorando a su marido, le engaña con todo el que se presenta... ¡Es de una psicología, de una finura de observación! Créelo: si no hubieras vuelto conmigo, no se estrena la comedia. En este papel no veo a otra actriz en París; no la veo.

Mi señora, impaciente como caballo de raza

203

- ¿Quieres que lo leamos ahora mismo? preguntó.
  - -Sí, sí; lo leeremos.
  - -Yo leo.

Y sentándose sobre las rodillas de su marido, empezó a leer. A la segunda escena yo me había dormido. Cuando desperté, vi el manuscrito sobre la mesa, abierto por la mitad del acto primero. Me habían dejado solo. Me faltó tiempo para ir a contárselo a la perra del jardinero.

La reaparición de mi señora en el teatro de su marido, con estreno de obra y después del... — no diré escándalo, porque nadie se había escandalizado — del episodio de su divorcio, fué uno de esos acontecimientos que París se inventa cada cuatro días para aburrirse menos y divertir a los extranjeros, haciéndoles creer que París es todavía el cerebro del mundo.

La obra subió a las nubes, como dicen allí. Mi señora tuvo un triunfo como artista y cinco triunfos, uno en cada vestido, como mujer elegante. Fué noche de alegría general. Todo era abrazos, palmaditas en las espaldas, apretones de manos... y besuqueo. Todo el mundo se besaba allí: los autores a las actrices, las actrices a los actores, el director a todos.

Mi señora guardaba lo mejor de sus expansiones para mí y para el modisto, que por cierto no parecía tan alegre como correspondía a su éxito.

-¿Qué le sucede a usted?— le preguntó mi señora, llamándole aparte —. ¿No está usted contento? Mañana no se hablará en París de otra cosa: sus cinco creaciones.

Pero nada le sacaba de su abatimiento.

— ¡Quisiera morir! — suspiró —. ¿No sabe usted? El pequeño Fred está con la pequeña Doll de Variétés... ¡Siempre he sido muy desgraciado en mis amistades! Pero en adelante no tendré corazón... ¡Ah!, se lo juro, querida mía; no tendré corazón...

Mi señora le consolaba; ¡ah!, las amistades, los afectos... Por fortuna, la vida nos cura de las mismas heridas que nos hace... ¡Ella también sabía de eso! Pero no quería verle triste. Le invitaba a almorzar para el domingo próximo, en su casa; ella dispondría las invitaciones; algo muy íntimo y muy chic... ¡Ya verá

usted, ya verá usted! Vendrá un joven inglés, un dibujante recién llegado de Londres, un artista muy original... También vendrán los autores de la obra... No, no dirán nada. Muy contentos de creer que la fiesta es por ellos...

- ¿Está usted contento?

El modisto cogía las manos de mi señora, se las besaba.

—¡Oh! ¡Es usted gentil, gentil como todo! ¡Y dirán que el corazón de la mujer no conoce las delicadezas de la amistad! Sólo en la mujer se encuentra la verdadera amiga, la que no engaña nunca, la que consuela siempre...

Con la monada de pañuelito que yo llevaba en el bolsillo de mi abrigo, mi señora le limpiaba una lágrima.

— Si, si; hace usted bien. ¡Nada conviene tanto a mis lágrimas: el pañuelo de Darling y la mano de usted! ¡La mujer y el perro! ¡No hay otros corazones leales!

NINCHI. — ¡Ese tío manflora no conocía a muchas mujeres y a muchos perros!

DARLING.—En todo hay de todo, Ninchi. Lo que sí te agradeceré es que en adelante te abstengas de calificar a las personas que yo vaya presentando en mi historia, que yo bien me guardo de calificarlas; que siempre oí decir que el historiador ha de ser desapasionado y dejar a los hechos que hablen por sí solos.

NINCHI. - Pues yo te digo que si al contar mi historia me quitas de ir calificando, haz cuenta que me has quitado el gusto de contarla. Y eso de no calificar a cada uno como se merece, bien podrá ser cuando cuentes historias ajenas; pero cuando es la propia historia de uno y vas recordando al contarla a quién tienes que agradecer un favor y quién te hizo una charranada gorda..., y a ver si los epítetos no se te vienen solos a la boca... A más de esto, que ahora eres tú el que historiaba y yo el que atendía, y no sé quién pueda prohibir al oyente el apasionarse y calificar como le parezca. Lo que sí haré, para no volver a interrumpirte, es callar a todo y no mover rabo ni oreja en lo que hables.

DARLING. — Tampoco eso; que alguna vez te ha de mover a risa algún lance y otras has de emocionarte, y yo quiero saber que es así y que lo manifiestes; de otro modo creeré que duermes o te aburres porque mi historia no te interesa o yo la cuento malamente.

NINCHI. - Eso quiere decir que como sea

para celebrar tu cuento o tu gracia en contarlo, no te importará que interrumpa sin que califique...

Darling. — No lo extrañes; he vivido mucho tiempo en el teatro, lugar donde si no hallares otras virtudes, siempre hallarás ésta, que bien puede ser fundamento de todas: la de amar el aplauso sobre todas las cosas.

NINCHI. — Pues sigue con tu euento, y para no volver a interrumpirte y que no eches a mala parte mi silencio, cada vez que me veas mover el rabo, haz cuenta que es un murmullo de aprobación en la mayoría.

DARLING. — Llevaría diez o doce representaciones la obra nueva, que prometía dar mucho dinero — así es que todos andaban muy alegres y muy propicios a bromas y jolgorios —, cuando una noche, al volver del teatro, mi señora se encerró de gran conferencia con su marido. Hablaban muy bajo; apenas pude enterarme de algo.

—¡Esto es ridículo, abominablemente ridículo! — decía ella —. En todo París van a reirse.

— ¡Y la temporada! — decía él —. ¡El negocio, la obra nueva! ¡La creación!

La creación parecía preocuparle mucho, porque lo repetía con insistencia.

- Todo menos esto. ¡Oh! ¡Esto no; esto no! ¿Qué hacer? preguntaba ella con desesperación.
- —¡Hemos sido imprudentes como unos jovenzuelos! Pero ¿quién diablos iba a esperarse esto?

Mi señora lloró, pataleó.

- ¡No seas imprudente! ¡No te alteres, puede hacerte daño!
- -¡Pues eso, eso es lo que yo quiero! replicaba ella muy excitada.
- Además, los criados pueden enterarse...
  Estas palabras fueron mágicas para calmar sus nervios.
- Mañana veremos al doctor X. Ahora, vamos a dormir. La noche es buena consejera.

Y con un beso de paz, fueron a acostarse cada uno a su habitación, perfectamente antipodas.

Mi señora seguía preocupada. Aunque siempre fingía con todos, por su tono de voz al acariciarme comprendía yo cuándo estaba triste o alegre sin fingimiento.

Pocas noches después hubo una gran alar-

«El doctor X está por la operación... El doctor Y es optimista... El doctor Z fluctúa...»

Pero la operación fué necesaria... Una operación de nada, decían; un juego para la Cirugía moderna... Y después, la salud para toda la vida; no había que temer aquellas crisis...

Pocos días después mi señora salía para la clínica en que habían de operarla. Todo París acudió a despedirla. Los íntimos la saludaban un momento con discreción, sonrientes, llenos de confianza en el resultado; los demás dejaban tarjetas, enviaban grandes ramos y cestas de flores, que la acompañaron en la tristeza de la clínica. Quiso llevarme también, pero los médicos no lo permitieron. «Un perro siempre es un nido de microbios.» ¡Pobre de mí! No la consintieron siquiera que me besara como otras veces. Salió acompañada de

los médicos, de su marido; los amigos y los servidores bajaron hasta el portal, llevando algún equipaje, los ramos y las cestas de flores; los vecinos salían a la escalera a saludarla, a despedirse; todo eran palabras de ánimo, de esperanza. «¡Hasta muy pronto! ¡Hasta la vista! Dentro de unos días... En una semana... No hay que temer nada...» Ella sonreía a todos como en uno de sus triunfos de artista... La vi salir, bajar la escalera... Quedé muy triste... ¡No he vuelto a verla más!

NINCHI. - ¿Estás llorando?

Darling. — ¿Qué quieres? Yo fuí para ella lo que ella fué para París: un bonito juguete vivo que pronto se substituye por otro. ¡Ya nadie en París se acordará de ella! Pero su juguete sí se acuerda, se acordará siempre, porque aquella mujer encantadora no tuvo para mí una crueldad, ni un enfado, ni un fingimiento, y con ser yo una frivolidad de su vida, acaso fué para mí lo mejor que ella era: la chiquilla que hay siempre en toda mujer artista, la eterna chiquilla que tal vez creyendo ella misma que es verdad algunas veces, juega a reír, a llorar, a querer, a engañar y a engañarse; juega con todas las pasiones y to-

209

dos los sentimientos... Pero sin quebrar nunca la línea de su traje ni de su figura, en armonioso ritmo siempre de un arte todo gracia.

Ninchi. - ¿Y seguiste en la casa?

DARLING. — Verás. El marido, el viudo diré ya, durante los primeros días, trastornado por el dolor, no hacía más que abrazarse a las actrices que acudían a darle el pésame.

«¡Ah! ¡Querida amiga! ¡Usted era su mejor amiga! ¡Cuánto la quería a usted! ¡Siempre me hablaba de usted con entusiasmo! ¡Aquella alma exquisita nunca sintió envidias!»

Y así con todas. Ya más tranquilo, aprovechando el gran reclamo de la muerte de mi señora, anunció la venta de todos los muebles, objetos de arte, alhajas y ropas que habían pertenecido a la gran artista. Contaba con esto pagar las muchas deudas que mi señora había dejado. Todo París desfiló por la casa, ansioso de curiosear; pero los compradores eran pocos.

Supondrás que uno de los mayores acreedores era el modisto. No podía faltar por allí. No venía como acreedor, por supuesto; venía a recordar a la querida amiga, a permanecer un instante entre todos aquellos objetos que

aun guardaban, como confidentes amigos, las intimidades de su adorable dueña. Se detenía en la contemplación de cada mueble, lloraba con llanto hipado, algo ridículo, pero sincero. En el tocador de mi señora se dejó caer desmayado sobre un divancito... ¡No, no podía olvidarla! ¡Aquella mujer encantadora! ¡Aquella amiga incomparable! ¡Aquella artista tan personal, tan parisiense! ¡Ninguna, ninguna como ella! Ya no quedaban artistas; todas cocottes, grullas, sin el menor chic... Y remedaba las maneras y gestos de las actrices en boga. «¡Ah! No podrá usted reemplazarla nunca—le decía al marido—. ¡No la olvidaremos nunca!»

Después habló de su cuentecita: «¡Oh! ¡No corría ninguna prisa, una miseria!» El marido le propuso la adquisición de algunos muebles, y desde luego podía llevarse todo el vestuario, que él podía revender ventajosamente. Él, olvidando que todo era obra suya, dejaba escapar un grito del corazón: «¡Oh! ¿Sabe usted? Todo eso no vale nada. ¡Trapos!» En cuanto a los muebles, los objetos de arte, ya sabía cómo tenía su casa amontonada. Él esperaría por su dinero, pero nada de aquéllo le convenía. El viudo procuraba convencerle.